

Palabras de José Emilio Pacheco en la entrega del Premio Nacional del Estudiante Universitario

Como escribió Vicente Aleixandre, lo mejor que puede afirmarse acerca de uno cuando ya no esté aquí es: “Recogió la herencia del pasado y la transmitió hacia el porvenir.”

Una vez más la Universidad Veracruzana me honra sin medida al poner mi nombre al Premio Universitario de Poesía. El Honor es tanto más grande cuanto que acompañó en este privilegio a Carlos Fuentes y a Sergio Pitol, quienes han sido a lo largo de tantos años mis amigos y mis maestros.

Pero no soy yo quien da mérito y brillo al premio, sino el hecho de que un jurado compuesto por Coral Bracho, David Huerta y Tedi López Mills haya tenido el acierto de otorgarlo a “Bach para sentirse bueno”, el primer libro de Lorena Ventura.

Me gusta abrir los tomos de poemas reunidos o de Poesías completas y ver las líneas iniciales de sus autores, como si en ellas estuvieran en síntesis y en germen todo lo que escribieron después. Por ejemplo, la singularidad de Carlos Pellicer se encuentra ya en estas primeras palabras:

En medio de la dicha de mi vida
me detengo a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la Herida.

Así, en los versos que abren “Bach para sentirse bueno” podemos escuchar desde ahora la auténtica música de la poesía:

Aquí,
bajo la llovizna donde alguna vez crecimos
—y creciste—
resurge aquel sol en que nuestras manos,
juntas,
cayeron sobre el mundo.

Lorena Ventura no cumple aún los 22 años. Por tanto es más joven que los jóvenes de la antología *El manantial latente* y es una adelantada de lo que tal vez llamarán la generación del 2000, destinada a hacer desde ahora mismo la poesía mexicana del siglo XXI.

Nunca la he visto, no he hablado con ella sino mediante la Internet, pero ya reconozco en su presente el gran futuro que les espera a los poetas de su edad.

Por dondequiera encuentro en su brevísimo libro versos admirables como:

Los murciélagos, atados a una rama,
entienden al revés la noche y cuando duermen son partidarios unánimes de la
gravedad y su amor es ciego.

Es, como debe ser y como resulta inevitable, una poesía ya muy distinta de la que intentamos los del siglo pasado. Y sin embargo, regreso a las palabras de Aleixandre sobre el pasado que se vuelve presente y el presente que hace porvenir.

En 1960, a la edad de Lorena Ventura, y en esta misma Xalapa, yo publicaba mis versos iniciales. En 1973 confié en que la nueva generación acertaría en donde fracasé y haría lo que no pude hacer.

Treinta años después aquella misma generación es la que ha premiado a Lorena Ventura. Mi único orgullo sería haber servido, sin saberlo, de nexo entre dos épocas de una misma poesía mexicana. Su continuidad, su diversificación y su futuro están ahora en manos de quienes, como Lorena Ventura, inauguran para nosotros la nueva poesía, la del siglo XXI mexicano.